

GUÍA PARA LEER

EL CAPITAL

Louis Althusser

Biblioteca virtual

OMEGALFA



Traducido por Darío Daniel Díaz
dialéctica. Revista de filosofía y teoría social
año I, número 2,
Buenos Aires, octubre de 1992

Procedencia del texto: Cuadernos del Pensamiento:
<http://www.elortiba.org/pensar.html>

Maquetación: Fly
Noviembre 2008

Biblioteca virtual
OMEGALFA
Ω

Louis Althusser

Guía para leer El capital

Prefacio a la edición francesa del libro I de El capital *

Hitos biográficos.

1818. Nacimiento de Karl Marx en Tréveris. Padre abogado. Estudios de derecho y filosofía; primero en Bonn, luego en Berlín, donde el joven Marx frecuenta el círculo de los “Jóvenes hegelianos”.

1842. Marx redactor jefe de la Gaceta renana, fundada en Colonia por los dirigentes de la burguesía liberal renana. Marx da al diario un tono radical de izquierda. Artículos resonantes sobre “los robos de madera”, “la censura”, los “debates de la Dieta renana”, etc.

1843. Prohibición de la Gaceta renana. Casamiento de Marx con Jenny von Westphalen, amiga de la infancia, hija de aristócratas reaccionarios. Viaja a París.

1843. Colaboración en los Anales franco-alemanes dirigidos por Ruge: Contribución a la crítica de la filosofía del derecho hegeliana; La cuestión judía. (Período feuerbachiano de Marx).

1844. “Manuscritos de 1844” (inéditos hasta 1932). Inyección de Hegel en Feuerbach. Marx comunista utópico.

1844. La Sagrada Familia.

* Existe en castellano un texto titulado “Cómo leer El capital”. Publicado en Althusser, Louis. Posiciones, Ed. Anagrama, Barcelona, de extensión y desarrollo menores al que aparece aquí (no incluye los “Hitos biográficos” ni los “Rudimentos de bibliografía crítica”, aunque sí las ideas fundamentales).

1845. Expulsión de París, refugio en Bruselas, encuentro con Engels. Algunas frases arrojadas al papel: las Tesis sobre Feuerbach; redacción, con Engels y Hess, de La ideología alemana (estos dos textos fueron “abandonados a la crítica roedora de los ratones”).

1847. Miseria de la filosofía.

1847. El Manifiesto del Partido comunista, redactado por Marx y Engels a pedido de la Liga de los comunistas.

1848. Período revolucionario generalizado en Europa. En Colonia, Marx funda la Nueva gaceta renana, que desaparece después del aplastamiento de la sublevación de las provincias renanas (mayo de 1849). Marx se refugia en Londres, donde vivirá más de treinta años. Trabajos encarnizados en la sala de lectura del British Museum.

1852. El 18 Brumario de Luis Napoleón Bonaparte.

1859. Contribución a la crítica de la economía política.

1864. Fundación en Londres de la primera Internacional.

1867. Libro I de El capital.

1871. La guerra civil en Francia (sobre la Comuna de París).

1875. Crítica del Programa de Gotha.

1883. Muerte de Karl Marx.

Advertencia a los lectores del libro I de *El capital*.

Por primera vez en la historia editorial francesa y accesible para un público muy amplio, el libro I de *El capital*.

¿Qué es *El capital*?

Es la gran obra de Marx, a la que dedicó toda su vida desde 1850 y por la cual sacrificó, en pruebas crueles, lo mejor de su existencia personal y familiar.

Sobre esta obra debe ser *juzgado* Marx. Sobre ella sola, y no sobre sus “obras de juventud” aún idealistas (1841–1844); no sobre obras todavía muy equívocas como *La ideología alemana*;¹ ni tampoco los “Grundrisse”, borradores traducidos al francés bajo el erróneo título de “*Fundamentos de la crítica de la economía política*”;² ni siquiera sobre el célebre “Prefacio” a la Contribución,³ en el que Marx define con términos muy equívocos (por hegelianos) la dialéctica de la “correspondencia y no correspondencia” entre las Fuerzas productivas y las Relaciones de producción.

Esta obra gigantesca que es *El capital* contiene, simplemente, uno de los tres más grandes descubrimientos científicos de toda la historia humana: el descubrimiento del sistema de conceptos (por lo tanto, de la *teoría científica*) que abre al conocimiento científico lo que podríamos llamar el “Continente-Historia”. Antes de Marx, dos continentes de importancia

¹ 1845. Obra inédita en vida de Marx. [En castellano: Marx, K.– Engels, F. *La ideología alemana*. Ediciones Pueblos Unidos, Montevideo, 1968. (N. del T.)]

² Los “Grundrisse”, manuscritos de Marx (1857–1859). [En castellano: Marx, K. *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Borrador) 1857–1859*, Siglo XXI, México, 1987. (N. del T.)]

³ Prefacio a la Contribución a la crítica de la economía política (1859). [En castellano: varias ediciones. (N. del T.)]

comparables habían sido “abiertos” al conocimiento científico: el Continente–Matemáticas, por los griegos del siglo V, y el Continente–Física, por Galileo.

Aún estamos muy lejos de haber captado la dimensión de este descubrimiento decisivo y de haber sacado todas las consecuencias teóricas que derivan de él. En particular, todos los especialistas que trabajan en el dominio de las “Ciencias humanas” y (dominio más reducido) las Ciencias sociales, esto es, los economistas, los historiadores, los sociólogos, los psico-sociólogos, los psicólogos, los historiadores del arte y la literatura, de la religión y de otras ideologías –e incluso los lingüistas y los psicoanalistas– deben saber que no pueden producir conocimientos verdaderamente científicos en su especialidad sin reconocer que la teoría fundada por Marx les es indispensable. Puesto que es, en principio, la teoría que “abre” al conocimiento científico el “continente” en el que trabajan, en el que sólo han producido hasta ahora nada más que algunos primeros conocimientos (la lingüística, el psicoanálisis), nada más que algunos elementos o rudimentos de conocimiento (la historia, la sociología y, en raros capítulos, la economía), nada más que puras y simples ilusiones bautizadas abusivamente como conocimientos.

Sólo los militantes de la lucha de clase proletaria han sacado conclusiones de *El capital*: reconociendo en él los mecanismos de la explotación capitalista; agrupándose en organizaciones de lucha de clase económica (los sindicatos) y política (al principio los partidos socialistas, luego los comunistas), que aplican una “línea” de masa de lucha para la toma del Poder de Estado: “línea” fundada sobre “el análisis concreto de la situación concreta” (Lenin) en la que tienen que combatir (“análisis” efectuado por una justa aplicación de los conceptos científicos de Marx a la “situación concreta”).

Resulta paradójico que especialistas intelectuales altamente “cultivados” no hayan comprendido un libro que contiene la Teoría de la que necesitan en sus “disciplinas” y que, por el

contrario, los militantes del Movimiento obrero hayan comprendido este mismo Libro a pesar de sus grandes dificultades. La explicación de esta paradoja es simple, y la dan con todas sus letras Marx en *El capital* y Lenin en sus obras.⁴

Si los obreros han “comprendido” tan fácilmente *El capital* es porque habla, en términos científicos, de la realidad cotidiana con la cual tratan: la explotación de la que son objeto por medio del sistema capitalista. Es por ello que *El capital* se convirtió tan rápidamente, como decía Engels en 1886, en la “Biblia” del Movimiento obrero internacional. Por el contrario, si los especialistas en historia, en economía política, en sociología, en psicología, etc., han tenido y tienen aún tantos problemas para “comprender” *El capital*, se debe a que están sometidos a la ideología dominante (la de la clase dominante), que interviene directamente en su práctica “científica” para falsear su objeto, su teoría y sus métodos.

Salvo algunas excepciones, no se dan cuenta (no se pueden dar cuenta) de la extraordinaria potencia y variedad de la empresa ideológica a la que son sometidos en su “práctica” misma. Salvo algunas excepciones, no se hallan en condiciones de criticar ellos mismos las ilusiones en que viven y que contribuyen a mantener porque, literalmente, están cegados por ellas. Salvo algunas excepciones, no se hallan en condiciones de realizar la *revolución* ideológica y teórica indispensable para reconocer en la teoría de Marx la teoría misma de la que su práctica necesita para volverse finalmente científica.

Cuando se habla de la dificultad de *El capital*, es necesario realizar una distinción de suma importancia. En efecto, la lectura de *El capital* presenta dos tipos de dificultades que no tienen absolutamente nada que ver una con otra.

⁴ Ver. por ejemplo, el comienzo del texto de Lenin *El Estado y la revolución*. [Hay varias ediciones en castellano: en las Obras completas, las Obras escogidas, o en fascículo separado. (N. del T.)]

La dificultad n.º 1 — absoluta y masivamente determinante — es una dificultad ideológica, por lo tanto, en última instancia, *política*.

Frente a *El capital* hay dos tipos de lectores: los que tienen experiencia directa de la explotación capitalista (ante todo, los proletarios u obreros asalariados de la producción directa y también, con matices según su lugar en el sistema de producción, los trabajadores asalariados no proletarios) y los que no tienen experiencia directa de la explotación capitalista pero que, con todo, son dominados, en sus prácticas y su conciencia, por la ideología de la clase dominante (la ideología burguesa). Los primeros no experimentan dificultad ideológico-política para comprender *El capital*, puesto que habla a las claras de su vida concreta. Los segundos experimentan una extrema dificultad para comprender *El capital* (aunque sean muy “sabios”, yo diría: sobre todo si son muy “sabios”), puesto que existe una *incompatibilidad política* entre el contenido teórico de *El capital* y las ideas que tienen en la cabeza, ideas que “reencontran” (puesto que las ponen en ellas) en sus prácticas.

Es por ello que la dificultad n.º 1 de *El capital* es, en última instancia, una dificultad política.

Pero *El capital* presenta otra dificultad que no tiene absolutamente nada que ver con la primera:

La dificultad n.º 2 o dificultad *teórica*. Frente a esta dificultad, los mismos lectores se dividen en dos nuevos grupos. Los que tienen el hábito del pensamiento *teórico* (por lo tanto, los verdaderos sabios) no experimentan dificultades, o no deberían experimentarlas, para leer este libro teórico que es *El capital*. Los que no tienen el hábito de practicar obras de teoría (obrerros y numerosos intelectuales que, aunque tienen “cultura”, no tienen cultura *teórica*) deben experimentar grandes dificultades, o deberían experimentarlas, para leer una obra de teoría pura como *El capital*.

Como acaban de ver, empleo condicionales (no deberían...

deberían...). Lo hago para poner en evidencia este hecho, más paradójico aún que el anterior: hasta individuos sin práctica de los textos teóricos (como los obreros) han experimentado menos dificultad ante *El capital* que los individuos doctos en la práctica de la teoría pura (como los sabios o pseudosabios muy “cultivados”).

Esto no ha de eximirnos de decir unas palabras acerca del tipo de dificultad tan particular que presenta *El capital* en tanto que obra de *teoría pura*, teniendo muy en cuenta el hecho fundamental de que no son las dificultades teóricas, sino las dificultades *políticas*, las que verdaderamente son determinantes en última instancia para toda lectura de *El capital* y de su libro I.

Todo el mundo sabe que sin *teoría* científica correspondiente no puede existir práctica científica, es decir, práctica que produzca conocimientos científicos nuevos. Por lo tanto, toda ciencia descansa sobre su teoría propia. El hecho de que esta teoría cambie, se complique o se modifique a la par del desarrollo de la ciencia considerada no modifica en nada el asunto.

Ahora bien, ¿qué es esta teoría indispensable para toda ciencia? Es un *sistema de conceptos científicos de base*. Basta con pronunciar esta simple definición para que sobresalgan dos aspectos esenciales de toda teoría científica: 1.º los conceptos de base y 2.º su sistema.

Los conceptos son nociones *abstractas*. Primera dificultad de la teoría: habituarse a la práctica de la *abstracción*. Este aprendizaje —porque se trata de un verdadero aprendizaje (comparable al aprendizaje de una práctica cualquiera, por ejemplo: el aprendizaje de la cerrajería)— se efectúa ante todo, en nuestro sistema escolar, por medio de las matemáticas y la filosofía.

Desde el Prefacio del Libro I, Marx nos advierte que la abstracción es no sólo la existencia de la teoría sino también el método de su análisis. Las ciencias experimentales disponen del “microscopio”, la ciencia marxista no tiene “microscopio”: debe servirse de la abstracción, que “hace las veces de micros-

copio”.

Atención: la abstracción científica no es completamente “abstracta”, muy por el contrario. Ejemplo: cuando Marx habla del capital social total, nadie lo puede “tocar con las manos”; cuando Marx habla del “plusvalor total”, nadie puede tocarlo con las manos ni contarlos; sin embargo, estos dos conceptos abstractos designan realidades efectivamente existentes. Lo que hace que la abstracción sea científica es justamente que designa una realidad concreta que existe verdaderamente, pero que no se puede “tocar con las manos” ni “ver con los ojos”.

Por lo tanto, todo concepto abstracto da el conocimiento de una realidad cuya existencia revela: concepto abstracto quiere decir, entonces, fórmula aparentemente abstracta, pero en realidad terriblemente concreta a causa del objeto que designa. Este objeto es terriblemente concreto en tanto es infinitamente más concreto, más eficaz, que los objetos que podemos “tocar con las manos” o “ver con los ojos”; y sin embargo, no podemos tocarlo con las manos ni verlo con los ojos. Lo mismo ocurre con el concepto de valor de cambio, el concepto de capital social total, el concepto de trabajo socialmente necesario, etc. Todo esto se puede aclarar fácilmente.

Otro punto: los conceptos de base existen bajo la forma de un sistema, y es esto lo que constituye una teoría. En efecto, una teoría es un sistema *riguroso* de conceptos científicos de base. En una teoría científica, los conceptos de base no existen en cualquier orden, sino en un orden riguroso. Por lo tanto, es necesario tener en cuenta esto y aprender paso a paso la práctica del rigor.

El rigor —sistemático— no es una fantasía ni un lujo formal, sino una necesidad vital para toda ciencia, para toda práctica científica. Es lo que, en su Prefacio, Marx llama el rigor del “orden de exposición” de una teoría científica.

Dicho esto, tenemos que saber cuál es el objeto de *El capital*; di-

cho de otra manera, cuál es el objeto analizado en el libro I de *El Capital*. Marx lo dice: es “*el modo de producción capitalista y las relaciones de producción e intercambio que le corresponden*”. Ahora bien, se trata de un objeto abstracto. En efecto, y a pesar de las apariencias, Marx no analiza ninguna “sociedad concreta” — ni siquiera la Inglaterra de la que habla todo el tiempo en el libro I— sino el MODO DE PRODUCCIÓN CAPITALISTA y nada más.

Este objeto es abstracto: esto quiere decir que es terriblemente real y que no existe en estado puro nunca, puesto que existe solamente en las sociedades capitalistas. Simplemente: para analizar estas sociedades capitalistas concretas (Inglaterra, Francia, Rusia, etc.) es necesario tener en cuenta que están dominadas por esta realidad terriblemente concreta e “invisible” (a simple vista) que es el modo de producción capitalista. “Invisible”: por lo tanto, *abstracta*.

Naturalmente, todo esto admite malentendidos. Hay que estar extremadamente atento para evitar las falsas dificultades de estos malentendidos. Por ejemplo, no hay que creer que Marx analiza la situación concreta de Inglaterra cuando habla de ella. Habla de ella nada más que para “ilustrar” su teoría (abstracta) del modo de producción capitalista.

En resumen, existe verdaderamente una dificultad en la lectura de *El capital*: una dificultad teórica. Surge de la naturaleza abstracta y sistemática de los conceptos de base de la teoría o del análisis teórico. Es necesario considerar que se trata de una dificultad real, objetiva, que sólo se puede superar por medio del aprendizaje de la abstracción y el rigor científicos. Es necesario saber que este aprendizaje no se realiza en un solo día.

Por ello, un primer consejo de lectura. Tener siempre muy presente esta idea de que *El capital* es una obra de teoría que tiene por objeto los mecanismos del modo de producción capitalista y de él solo.

Por ello, un segundo consejo de lectura: no buscar en *El capital*

ni un libro de historia “concreta” ni un libro de economía política “empírica” en el sentido en que los historiadores y los economistas entienden estos términos, sino encontrar en él un libro de teoría que analiza el MODO DE PRODUCCIÓN CAPITALISTA. La historia concreta y la economía empírica tienen otros objetos.

Por ello, este tercer *consejo* de lectura. Cuando se tropieza con una dificultad de lectura de orden teórico, tenerlo en cuenta y tomar las medidas necesarias. No apresurarse, volver atrás con cuidado (lentamente) y avanzar sólo cuando las cosas estén claras. Tener en cuenta el hecho de que para leer una obra teórica es indispensable un aprendizaje de la teoría. Se *puede aprender a caminar caminando* con la condición de respetar cuidadosamente las condiciones señaladas arriba. No se aprenderá de un solo golpe (repentinamente y definitivamente) a caminar en la teoría, sino poco a poco, pacientemente y humildemente. El éxito tiene este precio.

Prácticamente, esto quiere decir que sólo se puede comprender el libro I a condición de releerlo cuatro o cinco veces consecutivamente, es decir, con tiempo como para haber aprendido a caminar en la teoría. La presente advertencia está destinada a guiar los primeros pasos de los lectores en la teoría.

Pero antes de eso, es necesario decir unas palabras sobre el público que va a leer el libro I de El capital.

¿De quiénes se va a componer, fundamentalmente, este público?

1º De proletarios, o asalariados empleados directamente en la producción de bienes materiales.

2º De trabajadores asalariados no proletarios (desde el simple empleado hasta los cuadros medio y superior (el ingeniero y el investigador), el profesor, etc.).

3º De artesanos urbanos y rurales.

4º De miembros de profesiones liberales.

5º De estudiantes.

Entre los proletarios o asalariados que leerán el libro I de *El capital* figuran, naturalmente, hombres y mujeres a quienes la práctica de la lucha de clases en sus organizaciones sindicales y políticas les ha dado una cierta “idea” de la teoría marxista. Esta idea puede ser más o menos justa según se pase de los proletarios a los asalariados no proletarios: no está falseada en lo fundamental.

Entre las otras categorías que leerán el libro I de *El capital* figuran, naturalmente, hombres y mujeres que tienen en la cabeza, también, una cierta “idea” de la teoría marxista. Por ejemplo, los universitarios y, más precisamente, los “historiadores”, los “economistas” y numerosos ideólogos de diversas disciplinas (porque, como sabemos, hoy en día todo el mundo se declara “marxista” en las Ciencias humanas).

Ahora bien, lo que estos intelectuales tienen en la cabeza a propósito de la teoría marxista son, en un 90%, ideas falsas. Estas ideas fueron expuestas sin ningún esfuerzo de imaginación notable cuando aún vivía Marx y luego repetidas incansablemente. Estas ideas falsas han sido fabricadas y defendidas desde hace un siglo por todos los economistas e ideólogos burgueses y pequeñoburgueses⁵ para “refutar” la teoría marxista.

Estas ideas no han tenido ningún problema en “ganar” un amplio público, ya que se lo habían “ganado” de antemano a causa de sus prejuicios ideológicos antisocialistas y antimarxistas.

Este amplio público estaba compuesto ante todo por intelectuales y no por obreros, puesto que, como decía Engels, aun cuando no penetren en las demostraciones más abstractas de *El capital*, los proletarios no “se dejan atrapar por estas ideas”.

⁵ Estas fórmulas no son polémicas: son conceptos volcados por el propio Marx en *El capital*.

Por el contrario, hasta los intelectuales y los estudiantes más generosamente “revolucionarios” se “dejan atrapar” por ellas, por un lado o por otro, puesto que están sometidos masivamente a los prejuicios de la ideología pequeñoburguesa sin la contrapartida de la experiencia directa de la explotación.

En esta advertencia, entonces, me veo obligado a tomar en cuenta conjuntamente:

1º los dos órdenes de dificultades que ya he señalado (dificultad n.º.1: política; dificultad n.º.2: teórica);

2º la distribución del público en dos grupos esenciales: por una parte, público obrero–asalariado; por otra parte, público intelectual. Se entiende que estos dos grupos se recortan en una de sus franjas (algunos asalariados son al mismo tiempo “trabajadores intelectuales”);

3º la existencia, sobre el camino ideológico, de refutaciones pretendidamente “científicas” de *El capital* que afectan más o menos profundamente, según su origen de clase, a tal o cual parte de este público.

Habida cuenta de todos estos datos, mi advertencia va a adoptar la forma siguiente:

Punto I: Consejos de lectura destinados a evitar provisoriamente las más arduas de estas dificultades. Este punto será breve y claro. No dudo de que —aunque se dirige a todos— lo lean los proletarios, ya que está escrito ante todo para ellos.

Punto II: Indicaciones sobre la naturaleza de las dificultades teóricas del libro I de *El Capital* que son tomadas como pretexto para todas las refutaciones de la teoría marxista.

Este punto será forzosamente más arduo a causa de la naturaleza de las dificultades teóricas de que se tratará y por los argumentos de las “refutaciones” de la teoría marxista que se apoyan sobre estas dificultades.

PUNTO I.

Las mayores dificultades teóricas y otras que obstaculizan una lectura fácil del libro I de El Capital se concentran desgraciadamente (o felizmente) *en el comienzo* mismo del libro I, más precisamente, en su sección I, que trata de “La mercancía y el dinero”. Por lo tanto, doy el siguiente consejo: poner PROVISORIAMENTE ENTRE PARÉNTESIS TODA LA SECCIÓN I y COMENZAR LA LECTURA POR LA SECCIÓN II (“La transformación del dinero en capital”).

Desde mi punto de vista, no es posible comenzar (y solamente comenzar) a comprender la sección I más que después de haber leído y releído todo el libro I a partir de la sección II.

Este consejo es más que un consejo: con todo el respeto que les debo a mis lectores, es una recomendación que me permito presentar como una recomendación *imperativa*.

Cada uno puede hacer su experiencia práctica.

Si se comienza a leer el libro I por su comienzo, es decir, por la sección I, o bien no se comprende y se abandona, o bien se cree comprender, cosa que resulta aún más grave porque existen grandes probabilidades de haber comprendido algo muy distinto de lo que hay que comprender.

A partir de la sección II (“La transformación del dinero en capital”), las cosas son más claras. Penetramos directamente, entonces, en el corazón mismo del *libro I*.

Este corazón es la teoría del plusvalor, que los proletarios comprenden sin ninguna dificultad puesto que se trata simplemente de la teoría científica acerca de aquello de que tienen experiencia cotidiana: la explotación de clase.

Siguen luego dos secciones muy densas, pero muy claras y decisivas para la lucha de clases, *aún hoy*: la sección III y la sección IV. Tratan de las dos formas fundamentales del plusvalor de que dispone la clase capitalista para llevar al máximo la explotación de la clase obrera: lo que Marx llama plusvalor

absoluto (sección III) y plusvalor relativo (sección IV).

El plusvalor absoluto (sección III) se basa en la duración de la jornada de trabajo. Marx explica que la clase capitalista empuja inexorablemente al aumento de la duración de la jornada de trabajo, y que la lucha de la clase obrera, más que centenaria, tiene por objetivo arrancar una disminución de la duración de la jornada de trabajo luchando contra este aumento.

Históricamente, conocemos las etapas de esta lucha: primero, jornada de 12 horas, luego, de 10 horas; posteriormente, de 8 horas; y finalmente, bajo el Frente Popular, la semana de cuarenta horas.

Por experiencia, todos los proletarios saben esto que Marx demuestra en la sección III: la tendencia irresistible del sistema capitalista al acrecentamiento máximo de la explotación por medio de la prolongación de la duración de la jornada de trabajo (o de la semana de trabajo). Este resultado se alcanza ya sea a pesar de la legislación existente (en realidad, las 40 horas nunca fueron aplicadas), ya sea en medio de la legislación existente (por ejemplo, las “horas extraordinarias”). Aparentemente, las horas extraordinarias les “cuestan muy caro” a los capitalistas, puesto que las pagan veinticinco, cincuenta y hasta ciento por ciento por encima de la tarifa de las horas normales. Pero en realidad, son ventajosas para ellos, porque permiten que las “máquinas”, con la vida cada vez más breve a causa de los rápidos progresos tecnológicos, funcionen veinticuatro horas por veinticuatro. Dicho de otra manera, las horas extraordinarias les permiten a los capitalistas sacar el máximo provecho de la “productividad”.

Marx ha mostrado muy bien que la clase capitalista no paga ni pagará jamás –en detrimento de su salud (su renta)– horas extraordinarias a los obreros para complacerlos o para permitirles prosperar, sino para explotarlos por más tiempo. El plusvalor *relativo* (sección IV), cuya existencia acabamos de percibir en filigrana en esta cuestión de las horas extraordinarias, es sin duda la forma n.º 1 de la explotación contemporánea.

nea. Es mucho más sutil porque es menos visible directamente que el aumento de la duración del trabajo. Sin embargo, los proletarios reaccionan por instinto si no contra él, al menos, como vamos a ver, contra sus efectos.

El plusvalor relativo se basa, efectivamente, en la intensificación de la mecanización de la producción (industrial y agrícola) y, por lo tanto, en la productividad creciente que resulta de esta intensificación. Esta tiende actualmente a la automatización. Producir el máximo de mercancías al precio más bajo para sacar de ello el máximo provecho: tal es la tendencia irresistible del capitalismo. Naturalmente, va a la par de una explotación acrecentada de la fuerza de trabajo.

Se tiende a hablar de “mutación” o “revolución” en la tecnología contemporánea. En realidad, Marx había afirmado desde el Manifiesto, y demostrado en *El capital*, que el modo de producción capitalista se caracteriza por una “revolución ininterrumpida en los medios de producción”, ante todo en los instrumentos de producción (tecnología). Algo que viene sucediendo desde hace ciento cincuenta años es declarado “sin precedente” en grandes proclamaciones, y es verdad que desde hace algunos años las cosas van mucho más rápido que antes. Pero se trata de una simple diferencia *de grado*, no de naturaleza. Toda la historia del capitalismo es la historia de un prodigioso desarrollo de la productividad a través del desarrollo de la tecnología.

En la actualidad —como, por otra parte, en el pasado—, esto resulta de la introducción de máquinas cada vez más perfeccionadas en el proceso de trabajo, lo que permite producir la misma cantidad de productos que antes en tiempos dos, tres o cuatro veces inferiores y, por lo tanto, un desarrollo manifiesto de la productividad. Pero, correlativamente, esto resulta de los efectos precisos de la agravación de la explotación de la fuerza de trabajo (aceleración de los ritmos, supresión de los puestos y empleos), no sólo entre los proletarios, sino entre los trabajadores asalariados no proletarios, comprendidos entre ellos

algunos cuadros técnicos – aun de primera línea – que “ya no están al día” con el progreso técnico y, en consecuencia, no tienen más valor mercantil: de allí la cesantía subsiguiente.

De todo esto trata Marx, con un rigor y una precisión extremos, en la sección IV (El plusvalor relativo).

Desmonta los mecanismos de la explotación por medio del desarrollo de la productividad en sus formas concretas. Demuestra así que *nunca el desarrollo de la productividad puede beneficiar espontáneamente a la clase obrera*; muy por el contrario, puesto que se realiza, precisamente, para aumentar su explotación. Marx demuestra así, de manera irrefutable, que la clase obrera no puede esperar beneficios del desarrollo de la productividad moderna antes de haber invertido el capitalismo y haberse apoderado del poder de Estado en una revolución socialista. Demuestra que de aquí a la toma revolucionaria del poder que abre la vía al socialismo, la clase obrera no puede tener otro objetivo ni, por lo tanto, otro recurso que luchar *contra* los efectos de explotación producidos por el desarrollo de la productividad para limitar estos efectos (lucha *contra* los ritmos, *contra* lo arbitrario de las primas a la productividad, *contra* las horas extraordinarias, *contra* las supresiones de puestos, *contra* “la cesantía de la productividad”): Lucha esencialmente defensiva, y no ofensiva.

Aconsejo ahora, al lector que ha llegado al final de la sección IV, dejar de lado provisoriamente la sección V (“Investigaciones ulteriores sobre el plusvalor”) y pasar directamente a la luminosa sección VI sobre el salario.

En esta sección, los proletarios aún están literalmente *entre ellos*, dado que Marx examina en ella, además de la mistificación burguesa que declara que el “trabajo” del obrero es pagado “por su valor”, las diferentes formas del salario: primero, salario por tiempo; luego, salario por piezas. Es decir, las diferentes *trampas* con que la burguesía intenta atrapar la conciencia obrera para destruir en ella toda voluntad de lucha de clases organizada. En esta sección, los proletarios reconocerán

que su lucha de clases no puede sino *oponerse de manera antagónica a la tendencia a la agravación de la explotación capitalista*.

En esta sección, reconocerán que, en el plano del salario o, como dicen los ministros y sus “economistas” respectivos, en el plano del “nivel de vida” o de las “rentas”, la lucha de clase económica de los proletarios y otros asalariados no puede tener más que un sentido: una lucha defensiva contra la tendencia objetiva del sistema capitalista al aumento de la explotación en todas sus formas.

Decimos bien lucha defensiva y, por lo tanto, lucha contra la disminución del salario. Entiéndase bien que toda lucha contra la disminución del salario es al mismo tiempo y por eso una lucha por el aumento del salario existente. Pero hablar sólo de lucha por el aumento es designar el efecto de la lucha a riesgo de ocultar su causa y su objetivo. Dado que el capitalismo tiende inexorablemente a la disminución del salario, la lucha por el aumento del salario es, por lo tanto, en su principio mismo, una *lucha defensiva contra la tendencia del capitalismo a disminuir el salario*.

Resulta perfectamente claro, entonces, como lo subraya Marx en la sección VI, que el problema del salario de ninguna manera puede *arreglarse “por sí sólo” por medio de la “distribución” a los obreros y demás trabajadores de los “beneficios” del desarrollo de la productividad, aun cuando fuera espectacular*. El problema del salario es un problema de lucha de clase. No se arregla “por sí solo”, sino por la lucha de clase: ante todo, por las diferentes formas de huelga que más tarde o más temprano desembocan en la huelga general.

Aunque esta huelga general sea puramente económica y, por lo tanto, defensiva (“defensa de los intereses materiales y morales de los trabajadores”, lucha contra la doble tendencia capitalista al aumento de la duración del trabajo y la disminución del salario), o tome una forma política y, por lo tanto, ofensiva (lucha por la conquista del poder de Estado, la revolución socialista y la construcción del socialismo), todos los

que conozcan las distinciones hechas por Marx, Engels y Lenin saben qué diferencia separa la lucha de clase política de la lucha de clase económica.

La lucha de clase económica (sindical) es defensiva porque es económica (contra las dos grandes tendencias del capitalismo). La lucha de clase política es ofensiva porque es política (por la toma del poder por la clase obrera y sus aliados).

Aunque en la realidad siempre influye una sobre la otra (más o menos, según la coyuntura), hay que distinguir bien estas dos luchas.

Una cosa es segura, y el análisis que hace Marx de las luchas de clase económicas en Inglaterra en el libro I lo muestra: una lucha de clase que quisiera *confinarse deliberadamente* al dominio de la sola lucha económica es y será defensiva siempre, por lo tanto, nunca tendrá esperanzas de invertir el régimen capitalista. Se trata de la tentación mayor de los reformistas (fabianos, tradeunionistas) de los que habla Marx y, de manera general, de la tradición socialdemócrata de la II Internacional.

Sólo una lucha política puede “encauzar el vapor” y traspasar estos límites, por lo tanto, dejar de ser defensiva para volverse ofensiva. Podemos leer esta conclusión más que entre líneas en *El capital*. Podemos leerla con todas las letras en los textos políticos de Marx mismo, de Engels y de Lenin. Este es el problema n.º 1 del Movimiento obrero internacional desde que se “fusionó” con la teoría marxista.

Los lectores podrán pasar luego a la sección VII (“La acumulación del capital”), que es muy clara. Marx explica que la tendencia del capitalismo consiste en reproducir y ensanchar la base misma del capital, en transformar en capital el plusvalor extraído a los proletarios, por lo tanto, que el capital no deje de “crecer como una bola de nieve al rodar” para extraer sin cesar más plusvalor (plusvalor) a los proletarios. Y Marx lo muestra en una magnífica “ilustración” concreta: la Inglaterra que va de 1846 a 1866.

En cuanto a la sección VIII (“La acumulación primitiva”), que cierra el libro I, contiene el segundo gran descubrimiento de Marx. El primero es el descubrimiento del “plusvalor”. El segundo es el descubrimiento de los medios increíbles por los que fue realizada “la acumulación primitiva”, gracias a la cual, y también mediante la existencia de una masa de “trabajadores libres” (es decir, desprovistos de medios de trabajo) y la existencia de descubrimientos tecnológicos, pudo “nacer” el capitalismo y desarrollarse en las sociedades occidentales. Estos medios, constituidos por la peor violencia (el robo y las masacres), abrieron al capitalismo su camino real en la historia humana. Este capítulo contiene riquezas prodigiosas que aún no han sido explotadas: en particular, la tesis –que deberemos desarrollar– según la cual el capitalismo nunca dejó de emplear, y continúa empleando en pleno siglo XX en los “márgenes” de su existencia metropolitana, es decir, en los países coloniales y ex coloniales, *los medios más violentos*.

Por lo tanto, aconsejo con insistencia el método de lectura siguiente:

1º Dejar deliberadamente de lado, en una primera lectura, la sección I (La mercancía y el dinero).

2º Comenzar la lectura del libro I por la sección II (La transformación del dinero en capital).

3º Leer atentamente las secciones II, III (La producción del plusvalor absoluto) y IV (La producción del plusvalor relativo).

4º Dejar de lado la sección V (Nuevas investigaciones sobre el plusvalor).

5º Leer atentamente las secciones VI (El salario), VII (La acumulación del capital) y VIII (La acumulación primitiva).

6º Por último, comenzar con infinitas precauciones la sección I (La mercancía y el dinero), sabiendo que siempre será extremadamente difícil de comprender –aun después de haber leído muchas veces las otras secciones– sin la ayuda de un

cierto número de explicaciones que profundicen.⁶

Les aseguro a los lectores que tengan a bien observar escrupulosamente este orden de lectura, recordando lo que se dijo sobre las dificultades políticas y teóricas de toda lectura de El capital, que no lo lamentarán.

PUNTO II.

Me ocuparé ahora de las dificultades teóricas que pueden obstaculizar una lectura rápida y, en algunos puntos, hasta muy atenta del libro I de El capital.

Recuerdo que es apoyándose sobre estas dificultades que la ideología burguesa trata de convencerse –pero, ¿lo logra verdaderamente?– de que hace mucho tiempo que ha “refutado” la teoría de Marx.

La primera dificultad es de orden muy general. Surge del simple hecho de que el libro I es sólo el *primer* libro de una obra compuesta de cuatro.

Digo bien: cuatro. Porque aunque se sabe generalmente de la existencia de los libros I, II y III, e incluso aunque se los haya leído, generalmente se silencia el libro IV por suponer que se sospecha su existencia.

El “misterioso” libro IV es misterioso sólo para aquellos que piensan que Marx es un “historiador” más, autor de una Historia de las doctrinas económicas, puesto que bajo este título aberrante Molitor ha traducido,⁷ por así decirlo, una obra profundamente teórica y que en realidad se llama *Teorías sobre el plusvalor*.

⁶ Cf. Une science révolutionnaire. Présentation du livre I du Capital, Maspéro, Paris, 1969.

⁷ Editions Costes, Paris. 8 El libro II en 1885, el libro III en 1894, el libro IV en 1905.

Sin dudas, el libro I de El capital es el único que se publicó cuando Marx vivía; los libros II y III fueron publicados después de su muerte (en 1883) por Engels; y el libro IV por Kautsky.⁸ En 1886, en el prefacio a la edición inglesa, Engels pudo decir que el libro I “constituye un todo en sí mismo”. De hecho, cuando no se disponía de los libros siguientes, hizo bien en “considerarlo como una obra independiente”.

Hoy ya no es ése el caso. En efecto, disponemos de los cuatro libros, en alemán ⁹ y en francés.¹⁰ Indico a aquellos que puedan hacerlo que se preocupen lo más posible por remitirse constantemente al texto alemán para controlar la traducción no sólo del libro IV (dado que abunda en errores graves), sino también de los libros II y III (algunas dificultades de terminología no siempre están resueltas) y, por último, para el libro I, traducido por Roy en una versión que Marx mismo revisó completamente y rectificó en algunos pasajes, e incluso aumentó sensiblemente. Porque Marx, que dudaba de las capacidades teóricas de los lectores franceses,¹¹ a veces atenuó peligrosamente la nitidez de las expresiones conceptuales originales.

El conocimiento de los tres libros restantes permite resolver un cierto número de dificultades teóricas muy graves del libro I, ante todo las concentradas en la terrible sección I (La mercancía y el dinero) alrededor de la famosa teoría del “valor-trabajo”.

⁸ El libro II en 1885, el libro III en 1884, el libro IV en 1905.

⁹ Ediciones Dietz, Berlín.

¹⁰ Editions sociales, Paris, para los libros I, II, III. Editions Cosles para el libro IV. (En castellano: Siglo XXI Editores para los tres primeros libros, Editorial Cartago para el cuarto. (N. del T.))

¹¹ Ver el texto de la carta de Marx a La Chatre, su editor francés. (En castellano: Marx, K. El capital, T. I. Vol. I, p. 21, Siglo XXI, México, 1991. (N. del T.))

Dentro de una concepción hegeliana de la ciencia (para Hegel hay ciencia sólo si es filosófica, y es por ello que toda verdadera ciencia *debe fundar su propio comienzo*), Marx pensaba, entonces, que “en toda ciencia, el comienzo es arduo”. De hecho, la sección I del libro I se presenta en un orden de exposición en el que la dificultad surge en buena medida por este prejuicio hegeliano. Por otra parte, Marx releó una decena de veces este comienzo antes de darle su forma “definitiva” – como si se hubiera encontrado con una dificultad que no era solamente de simple exposición – y con razón.

Doy en pocas palabras el principio de la solución.

La teoría del “valor-trabajo” de Marx, que todos los “economistas” e ideólogos burgueses le han reprochado en condenaciones irrisorias, es inteligible pero sólo como un caso particular de una teoría que Marx y Engels denominaron la “ley del valor” o ley de reparto de la cantidad de fuerza de trabajo disponible según las diversas ramas de la producción, reparto indispensable para la *reproducción* de las condiciones de producción. “Hasta un niño” la comprendería, dice Marx en 1868, en términos que desmienten, por lo tanto, el inevitable “comienzo arduo” de toda ciencia. Sobre la naturaleza de esta ley remito, entre otros textos, a las cartas de Marx a Kugelman del 6 de marzo y el 11 de julio de 1868.¹²

La teoría del “valor-trabajo” no es el único punto que trae dificultades en el libro I. Naturalmente, hay que mencionar la teoría del *plusvalor*, el ogro de los economistas e ideólogos burgueses, quienes le reprochan que es “metafísica”, “aristotélica”, “inoperatoria”, etc. Ahora bien, esta teoría del plusvalor es inteligible sólo como caso particular de una teoría más vasta: la teoría del *plustrabajo*.

El plustrabajo existe en toda “sociedad”. En las sociedades sin clase, una vez separada la parte necesaria para la reproducción

¹² Cf. Cartas sobre El capital [En castellano. Marx, K.-Engels, F. Correspondencia, Ed. Cartago. Bs. As., 1957. (N. del T.)]

de las condiciones de producción, *se reparte* entre los miembros de la “comunidad” (primitiva, comunista). En las sociedades de clases, una vez separada la parte necesaria para la reproducción de las condiciones de producción, es extraído por las clases dominantes a las clases explotadas. En la sociedad de clases capitalista, donde, por primera vez en la historia, la fuerza de trabajo se vuelve una *mercancía*, el plus-trabajo extraído adopta la forma del plus-valor.

Hasta aquí llego: me contento con indicar el principio de la solución: su demostración exigiría argumentos detallados.

El libro I contiene aún otras dificultades teóricas, ligadas a las precedentes o a otros problemas.

Por ejemplo, la teoría de las distinciones por introducir entre el *valor* y la *forma-valor*; por ejemplo, la teoría de la cantidad de trabajo *socialmente necesario*; por ejemplo, la teoría del trabajo *simple* y el trabajo *complejo*; por ejemplo, la teoría de las *necesidades sociales*; por ejemplo, la teoría de la *composición orgánica del capital*; por ejemplo, la famosa teoría del “*fetichismo*” de la mercancía y su generalización ulterior.

Todos estos problemas —y muchos otros aún— constituyen dificultades objetivas reales a las cuales el libro I da ya sea soluciones provisorias, ya sea soluciones parciales. ¿Por qué esta insuficiencia?

Tengamos en cuenta que cuando Marx publicó el libro 1 de El capital ya había escrito el libro II y una parte del III (este último en forma de borradores). De todas maneras, tenía “todo en la cabeza” —al menos *en principio*— como lo prueba la correspondencia con Engels.¹³ Pero, materialmente, no era posible que Marx pudiera poner “todo lo proyectado” en el libro I de una obra que debía componerse de cuatro libros.

Además, si bien Marx tenía “todo en la cabeza”, no disponía de todas las respuestas a las preguntas que tenía en la cabeza;

¹³ Cartas sobre El capital.

y en ciertos puntos, el libro I padece las consecuencias de ello. No se debe al azar si sólo en 1868, por lo tanto, un año después de la aparición del libro I, Marx escribe que la inteligencia de la “ley del valor”, de cuya inteligencia depende la inteligencia de la sección I, está al alcance de un “niño”.

Por lo tanto, el lector del libro I debe convencerse de un hecho perfectamente comprensible si consideramos que Marx se introdujo, por primera vez en la historia del conocimiento humano, en un Continente virgen: el libro I contiene algunas soluciones de problemas que serán planteados sólo en los libros II, III y IV, y algunos problemas cuyas soluciones sólo serán demostradas en los libros II, III y IV.

Esencialmente por este carácter de “suspense” o, si se prefiere, “de anticipación” surge la mayoría de las dificultades objetivas del libro I. Por lo tanto, tengamos en cuenta este hecho y saquemos las consecuencias que derivan de él, es decir leer el libro I teniendo en cuenta los libros II, III y IV.

Sin embargo, existe un segundo orden de dificultades que constituyen un obstáculo real para la lectura del libro I. Estas dificultades surgen no ya del hecho de que El capital se componga de cuatro libros, sino de los restos, en el lenguaje y aun en el pensamiento de Marx, de la influencia del pensamiento de Hegel.

Quizá sepa el lector que hace un tiempo¹⁴ intenté defender la idea de que el pensamiento de Marx era fundamentalmente diferente del pensamiento de Hegel, por lo tanto, de que había entre Marx y Hegel un verdadero corte o ruptura, como se quiera. Más avanzo, más pienso que esta tesis es justa. Sin embargo, debo reconocer que di una idea muy excesiva de esta tesis al adelantar la idea de que podíamos situar esta ruptura en 1845. (Tesis sobre Feuerbach, La ideología alemana). En

¹⁴ Cf. Pour Marx, Editions Maspéro, Paris. 1965. [En castellano: Althusser, Louis. La revolución teórica de Marx, Siglo XXI, México. 1967. (N. del T.)]

realidad, algo decisivo comienza efectivamente en 1845, pero debió de costarle a Marx un muy largo *trabajo* de revolución para llegar a registrar en conceptos verdaderamente nuevos la ruptura lograda con el pensamiento de Hegel. El famoso Prefacio de 1859 (a la Contribución a la crítica de la economía política) aún es profundamente hegeliano-evolucionista. Los “Grundrisse”, que datan de los años 1857-1859, también están profundamente marcados por el pensamiento de Hegel, cuya Lógica Marx había releído con admiración en 1858.

Cuando aparece el libro I de El capital (1867) aún quedan huellas de la influencia hegeliana. Sólo desaparecerán *totalmente* más tarde: la *Crítica del Programa de Gotha* (1875),¹⁵ así como las Notas marginales sobre Wagner (1882),¹⁶ están *totalmente y definitivamente exentas de toda huella* de influencia hegeliana.

Por lo tanto, para nosotros resulta muy importante saber *de dónde venía Marx*: venía del neohegelianismo, que era un retorno de Hegel a Kant y Fichte; luego, del feuerbachismo puro; luego, del feuerbachismo con inyección de Hegel (los Manuscritos de 1844),¹⁷ antes de volver a encontrar a Hegel en 1858.

También nos importa saber *adónde iba*. La tendencia de su pensamiento lo empujaba irresistiblemente a abandonar *radicalmente*, como se ve en la *Crítica del Programa de Gotha* de 1875 y en la *Notas sobre Wagner* de 1882, toda sombra de influencia

¹⁵ Editions sociales, Paris. (En castellano: Marx, K. *Crítica del Programa de Gotha*, Biblioteca Proletaria-Ediciones Compañero, Bs. As., 1972. (N. del T.))

¹⁶ Le Capital. Editions sociales, Paris, Tome III, p. 241-253. (En castellano. Marx, K. *Notas marginales al “Tratado de economía política” de Adolph Wagner*, Cuadernos de Pasado y Presente. México, 1982. (N. del T.)) ¹⁷ Editions sociales, Paris. [En castellano: Marx, K. *Manuscritos económico- filosóficos de 1844*, Ed. Grijalbo, México, 1968. (N. del T.))

¹⁷ Editions sociales, Paris. [En castellano: Marx, K. *Manuscritos económico- filosóficos de 1844*, Ed. Grijalbo, México, 1968. (N. del T.))

hegeliana. Al abandonar sin regreso toda influencia de Hegel, Marx no deja de reconocer una deuda importante con este pensador: la de haber sido el primero que concibió la historia como un “proceso sin sujeto”.

Teniendo en cuenta esta tendencia, podemos apreciar como restos en vía de superación las huellas de influencia hegeliana que subsisten en el libro I.

Ya he señalado estas huellas en el problema, típicamente hegeliano, del “comienzo arduo” de toda ciencia, cuya brillante manifestación es la Sección I del Libro I. Más precisamente, esta influencia hegeliana puede localizarse en el *vocabulario* del que Marx se sirve en esta sección I: en el hecho de que hable, como de dos cosas *totalmente* diferentes, acerca de la utilidad social de los productos por una parte y del valor de cambio de los mismos productos por otra parte con términos que de hecho tienen *una palabra en común*, la palabra “valor”: por una parte, *valor de uso*, y por otra parte, *valor de cambio*. Si Marx clava en la picota con el vigor que sabemos al tal Wagner (ese vis obscurus) en las Notas marginales de 1882, se debe a que Wagner finge creer que como Marx se sirve en los dos casos de la misma palabra (*valor*), el valor de uso y el valor de cambio resultan de una escisión (hegeliana) del concepto de “valor”. Lo que sucede es que Marx no había tenido la precaución de eliminar la palabra valor de la expresión “valor de uso” y hablar simplemente, como hubiera debido, de *utilidad social* de los *productos*. Aquí vemos por qué Marx, en 1873, en el Postfacio a la segunda edición alemana de *El capital*, pudo volver sobre sí mismo y reconocer que se había arriesgado, “en el capítulo sobre la teoría del valor” (justamente la sección I), a “coquetear” (kokettieren) “con la terminología particular de Hegel”. De esto debemos sacar una consecuencia, que llevada al límite supone *que se re-escriba la sección I de El capital* de manera que se vuelva un “comienzo” ya no “arduo”, sino simple y fácil.

La misma influencia hegeliana aparece en la imprudente fór-

mula del capítulo XXXII de la sección VIII del libro I, en el que Marx, al hablar de la “expropiación de los expropiadores”, declara: “*se trata de la negación de la negación*”. Imprudente: porque no ha dejado de hacer estragos; si bien Stalin, para beneficio propio, tuvo razón al suprimir “la negación de la negación” de las leyes de la dialéctica, mantuvo otros errores mucho más graves.

Ultima huella de la influencia hegeliana, y esta vez flagrante y extremadamente dañosa (ya que todos los teóricos de la “reificación” y la “alienación” han encontrado en ella con qué “fundar” sus interpretaciones idealistas del pensamiento de Marx): la teoría del *fetichismo* (“El carácter fetichista de la mercancía y su secreto”, parte IV del capítulo I de la sección I).

Se comprenderá que no pueda extenderme aquí sobre estos diferentes puntos, cosa que exigiría toda una demostración. Con todo, los señalo porque, con el muy equívoco y (por desgracia) célebre prefacio a la *Contribución a la crítica de la economía política* (1859), el hegelianismo y el evolucionismo (hegelianismo pobre) del que están cargados han hecho estragos en la historia del Movimiento obrero marxista. Señalo que ni por un instante cedió Lenin a la influencia de estas páginas hegeliano-evolucionistas, sin lo cual no hubiera podido combatir la traición de la II Internacional, edificar el Partido bolchevique, conquistar a la cabeza de las masas populares rusas el poder del Estado para instaurar la dictadura del proletariado y comprometerse en la construcción del socialismo.

También señalo que, para desgracia del mismo Movimiento comunista internacional, Stalin hizo del prefacio de 1859 su *texto de referencia*, como lo podemos constatar en el capítulo de la Historia del Partido comunista (bolchevique) intitulado “Materialismo dialéctico y materialismo histórico” (1938), lo que explica sin duda muchos males que, con un término que no tiene nada de marxista, se denominan “el período del culto a la personalidad”. En otra parte volveremos sobre este problema.

Agrego aún algo para evitar al lector del libro I un muy grave malentendido, que esta vez ya no tiene nada que ver con las dificultades que acabo de evocar, pero que surge de la necesidad de *leer muy de cerca* el texto de Marx.

Este malentendido concierne al objeto del que se trata a partir de la sección II del libro I (La transformación del dinero en capital). En efecto, Marx habla aquí de la composición orgánica del capital y dice que, en la producción capitalista, existe para todo capital dado una fracción (digamos cuarenta por ciento) que constituye el capital constante (materia prima, edificios, máquinas, herramientas) y una fracción (digamos, pues, sesenta por ciento) que constituye el capital variable (gasto de compra de la fuerza de trabajo). El capital constante se llama así porque permanece constante en el proceso de producción capitalista: no produce valor nuevo, por lo tanto, permanece constante. El capital variable se llama variable porque produce valor nuevo, superior a su valor anterior, por medio de la extracción del plusvalor (que tiene lugar en el uso de la fuerza de trabajo).

Ahora bien, la mayoría de los lectores, incluidos, naturalmente, los “economistas” que, me atrevo a decirlo, están condenados a este “desacierto” por su deformación profesional de técnicos de la política económica burguesa, cree que Marx formula, respecto de la composición orgánica del capital, una teoría de la empresa o, para emplear términos marxistas, una teoría de la unidad de producción. Sin embargo, Marx dice todo lo contrario: habla siempre de la composición del capital social total, pero bajo la forma de un ejemplo de apariencia concreta cuando da cifras (por ejemplo, sobre cien millones: capital constante = cuarenta millones [cuarenta por ciento] y capital variable = sesenta millones [sesenta por ciento]). En este ejemplo *cifrado*, por lo tanto, Marx no habla de una empresa o de otra, sino de una “fracción del capital total”. Para comodidad del lector y para “fijarle las ideas”, razona sobre un ejemplo “concreto” (por lo tanto, *cifrado*); pero este ejemplo concreto le

sirve simplemente de ejemplo para hablar del capital social *total*.

Desde este punto de vista, señalo que no se halla en ninguna parte de *El capital* ninguna teoría sobre la unidad de producción ni sobre la unidad de consumo capitalistas. Sobre estos dos puntos, pues, la teoría de Marx ha de completarse.

Asimismo, señalo la importancia política de esta confusión, que fue disipada definitivamente por Lenin en su teoría sobre el imperialismo.¹⁸ Sabemos que Marx planeaba hablar en *El capital* del “mercado mundial”, es decir, de la extensión tendencial al mundo entero de las relaciones de producción capitalistas. Esta “tendencia” ha encontrado su forma acabada en el imperialismo. Resulta muy importante medir la importancia política decisiva de este hecho que Marx y la primera Internacional habían percibido perfectamente.

En efecto, si la explotación capitalista (extracción del plusvalor) existe *en* las empresas capitalistas en las que se emplea a los obreros asalariados (y los obreros son víctimas de ella y, por lo tanto, sus testigos directos), esta explotación *local* existe sólo como una simple parte de un sistema de explotación *generalizado* que se extiende progresivamente de las grandes empresas industriales urbanas a las empresas capitalistas agrarias y luego a las formas complejas de otros sectores (artesanado urbano y rural: explotaciones “agrícolas familiares”, empleados y funcionarios, etc.) no sólo en un país capitalista, sino en el *conjunto* de los países capitalistas y, por último, en el resto del *mundo entero* (por medio de la explotación colonial *directa*, apoyada por la ocupación militar [*colonialismo*] y la indirecta, sin ocupación militar [*neocolonialismo*]).

Existe, pues, una verdadera Internacional capitalista de hecho, convertida desde fines del siglo XIX en Internacional imperialista, a la que el Movimiento obrero y sus grandes dirigentes

¹⁸ El imperialismo, etapa superior del capitalismo. [Varias ediciones en castellano. (N. del T.)]

(Marx, Lenin) respondieron con una Internacional obrera (la primera, la segunda, la tercera). Los militantes obreros reconocen este hecho en su práctica del Internacionalismo proletario. Concretamente, esto significa que los militantes obreros saben muy bien:

1º que son explotados directamente en la empresa (unidad de producción) capitalista donde trabajan;

2º que no pueden mantener la lucha únicamente sobre el plano de la empresa y nada más, sino que también deben llevar la lucha al plano de su producción nacional (Federaciones sindicales de la Metalurgia, de la Construcción, de Transportes, etc.), luego al plano del conjunto nacional de las diferentes ramas de la producción (por ejemplo: Confederación general de trabajadores) y, por último, al plano mundial (por ejemplo: Federación sindical mundial).

Esto en cuanto a la lucha de clase económica.

Naturalmente, sucede lo mismo —a pesar de la desaparición formal de la Internacional— en lo que respecta a la lucha de clase política. Es por ello que es necesario leer el libro I a la luz no sólo del Manifiesto (“Proletarios de *todos los países*, ¡uníos!”), sino también de los estatutos de la primera Internacional, de la segunda y de la tercera, y, naturalmente, a la luz de la teoría leninista del imperialismo.

Decir esto no significa de ninguna manera salir del libro I de El capital y ponerse a “hacer política” por una obra que, al parecer, trataría solamente “de economía política”. Se trata, por el contrario, de tomar en serio el hecho de que Marx ha abierto al conocimiento científico y a la práctica consciente de los hombres un nuevo continente (el Continente-Historia) por medio de un descubrimiento prodigioso y de que, como el descubrimiento de toda ciencia nueva, este descubrimiento se ha prolongado en la historia de esta ciencia y en la práctica política de los hombres que se reconocen en ella. Si bien Marx no pudo escribir el capítulo de El capital que planeaba redactar bajo el

título “Mercado mundial” como réplica a la Internacional capitalista (luego imperialista) y fundamento del Internacionalismo proletario, la primera Internacional (fundada por Marx en 1864, tres años antes de la aparición del libro I de *El capital*) ya había comenzado a escribir en los hechos este mismo capítulo, cuya continuación escribió Lenin no sólo en su libro *El imperialismo, etapa superior del capitalismo*, sino también en la fundación de la tercera Internacional (1919).

Naturalmente, todo esto resulta si no incomprendible, por lo menos muy difícil de comprender si se es un “economista”, o aun un “historiador”; con mayor razón si se es un simple “ideólogo” de la burguesía. Por el contrario, todo esto es muy fácil de comprender si se es un proletario, es decir, un obrero asalariado “empleado” en la producción capitalista (urbana o agraria).

¿Por qué esta dificultad? ¿Por qué esta relativa facilidad? He creído responder estas interrogantes siguiendo los textos mismos de Marx y las precisiones que da Lenin cuando, en los primeros tomos de sus Obras, comenta *El capital* de Marx. Lo que sucede es que los intelectuales burgueses o pequeñoburgueses tienen un “instinto de clase” burgués o pequeñoburgués, en tanto que los proletarios tienen un instinto de clase proletario. Los primeros, cegados por la ideología burguesa que hace cualquier cosa por escamotear la explotación de clase, no pueden ver la explotación capitalista. Los segundos, por el contrario, a pesar de la ideología burguesa que pesa terriblemente sobre ellos, no pueden no ver esta explotación ya que constituye su vida cotidiana.

Para comprender *El capital* y, por lo tanto, su libro I, es necesario “tomar posiciones de clase proletarias”, es decir, situarse en el único punto de vista que vuelve visible la realidad de la explotación de la fuerza de trabajo asalariada que realiza todo el capitalismo.

En comparación, esto resulta relativamente fácil para los obreros, a condición de que luchen contra la influencia de la ideo-

logía burguesa y pequeñoburguesa que pesa sobre ellos. Como tienen “por naturaleza” un “instinto de clase” formado por la ruda escuela de la explotación cotidiana, les basta con una educación suplementaria (política y teórica) para comprender objetivamente aquello que sienten subjetivamente (instintivamente). El capital les da este suplemento de educación teórica bajo la forma de explicaciones y demostraciones objetivas, lo que les ayuda a pasar del instinto de clase proletario a una posición (objetiva) de clase proletaria.

Pero esto resulta extremadamente difícil para los especialistas y otros “intelectuales burgueses y pequeñoburgueses (entre ellos los estudiantes), porque una simple educación de su conciencia no basta, ni siquiera la simple lectura de *El capital*. Les hace falta lograr una verdadera ruptura (una verdadera revolución) en su conciencia para pasar del instinto de clase necesariamente burgués o pequeñoburgués a posiciones de clase proletarias. Resulta extremadamente difícil, pero no absolutamente imposible. La prueba: Marx mismo, hijo de burgués liberal (padre abogado), y Engels, de la alta burguesía capitalista y, durante veinte años, capitalista él mismo en Manchester.

Toda la historia intelectual de Marx puede y debe comprenderse así: como una larga, difícil y dolorosa ruptura para pasar de su instinto de clase pequeñoburgués a posiciones de clase proletarias, ruptura que contribuyó a definir de manera decisiva en *El capital*.

Este es un ejemplo que puede y debe meditarse pensando en otros ejemplos ilustres: en primer lugar, el de Lenin, hijo de un pequeñoburgués ilustrado (profesor progresista), que se convirtió en el dirigente de la Revolución de Octubre y del proletariado mundial en la etapa del imperialismo, etapa superior (es decir, última) del capitalismo.¹⁹

¹⁹ Engels publicó, en un artículo aparecido en 1868 en el *Demokratisches- Wochenblatt de Leipzig*, un brillante resumen del libro I

Rudimentos de bibliografía crítica.²⁰

Proponemos distinguir entre:

I. Los textos anteriores al libro I de El capital (1867) que pueden servir a la vez para la inteligencia de los trabajos de investigación de Marx que culminaron en El capital y para la comprensión de El capital mismo:

1. El Manifiesto del Partido comunista (1847).

2. Miseria de la filosofía (1847): crítica de Proudhon.

3. Trabajo asalariado y capital (1848): conferencias ante un público obrero sobre dos conceptos clave de la teoría del modo de producción capitalista. Luego de 1850, inmediatamente después del aplastamiento de las revueltas proletarias en toda Europa, Marx, retirado en Londres, decide “recomenzar por el comienzo” en economía política, de la que no tenía hasta entonces más que un conocimiento indirecto y superficial. Trabajos encarnizados en biblioteca sobre economistas, los informes de los inspectores de fábricas y toda la documentación disponible (cf. las cartas de esta época en *Cartas sobre El capital*).

4. Los “Grundrisse”, suma de manuscritos preparatorios de la *Contribución a la crítica de la economía política*, que aparecerá en 1859. Sólo una parte de estos textos pasó a la *Contribución*. La notable “introducción” a la *Contribución* quedó inédita. En numerosos pasajes de los “Grundrisse” (traducción en curso

de El capital. Hay traducción francesa en el tomo III de *Le Capital*, Editions sociales, p. 219-225. [En castellano: Marx, K. *El capital*, (traducción de Wenceslao Roces), libro I, Fondo de Cultura Económica, México, 1966. (N. del T.)]

²⁰ Salvo indicación contraria, las obras existen traducidas en las Ediciones sociales, París. [En castellano, en varias ediciones. (N. del T.)]

en Ediciones Anthròpos, bajo el título desgraciado de “Fundamentos de la crítica de la economía política”), notamos una fuerte influencia hegeliana combinada con tufillos de humanismo feuerbachiano. Junto con *La ideología alemana*, los “Grundrisse” van a proporcionar todas las citas dudosas que necesitan las interpretaciones idealistas de la teoría marxista: podemos preverlo sin temor a equivocarnos.

5. La Contribución a la crítica de la economía política (1859), cuya parte esencial (Teoría del dinero) pasó a la sección I del libro I de *El capital*. El famoso prefacio está marcado muy profundamente, por desgracia, por una concepción hegeliana evolucionista, que desaparecerá en un noventa y nueve por ciento en *El capital* y totalmente en los textos ulteriores de Marx.

6. Salario, precio y ganancia (1865). Conferencias de Marx ante un público obrero. Texto muy importante, en el que ya están precisados los conceptos de *El capital*.

7. La correspondencia sobre El capital, anterior a 1867, recogida bajo el título *Cartas sobre El capital*. Esta correspondencia reproduce directamente la manera en que Marx se instruye junto al excelente “capitalista” que era Engels sobre el proceso de trabajo, los instrumentos de trabajo (las máquinas), sobre la composición orgánica del capital en una empresa, sobre la rotación de las diferentes fracciones del capital, etc. Vemos que Marx pone a consideración de Engels sus hipótesis, sus resultados, le plantea preguntas, toma en cuenta sus respuestas. Descubrimos que, mucho antes de 1867, Marx ya tenía en la cabeza lo esencial de *El capital*, no solamente del libro I, sino del libro II y del libro III, dado que habla extensamente sobre la teoría de la renta de la tierra y la baja tendencial de la tasa de ganancia (que aparecerán sólo en el libro III, publicado después de su muerte por Engels).

II. Los textos posteriores a El capital, ya sea de Marx, ya sea de otros grandes autores (Engels. Lenin, etc.).

Textos de doble uso: para aclarar *El capital* sobre un cierto

número de puntos difíciles o para hacer mucho más fácil su lectura; para prolongar las investigaciones de la teoría fundada por Marx, mostrando la fecundidad de la misma en sus aplicaciones concretas.

8 La segunda parte del Anti-Dühring de Engels (1877), que resume muy claramente lo esencial de las tesis del libro I.

9 La Crítica del Programa de Gotha, de Marx (1875). Simples "Randglossen" (notas marginales), escritas a mano por Marx, sobre el proyecto de Programa común sobre el cual el "Partido obrero socialdemócrata" (marxista) y la "Asociación general de los trabajadores" (lasalleana) concluyeron la unidad orgánica entre sus dos organizaciones en el Partido socialdemócrata alemán. Se hizo caso omiso de las críticas de Marx y Engels, quienes pensaron romper públicamente con la nueva organización, pero renunciaron a ello porque la burguesía "veía en el Programa lo que no había en él". Las simples Notas de Marx son invalorable. Hablan de los principios que deben guiar toda política de unidad, de la revolución y el socialismo, cuatro años después de la Comuna de París. Hallamos los elementos con los que fundar una teoría del Derecho: el Derecho es siempre burgués. No es la "propiedad colectiva" (noción jurídica) "de los medios de producción", sino su "apropiación colectiva" lo que define al modo de producción socialista. Tesis fundamental: no hay que confundir las relaciones jurídicas con las relaciones de producción. La historia de las desventuras de la *Crítica* es edificante. Prohibida su publicación por la dirección del Partido socialdemócrata, no pudo aparecer sino... dieciséis años más tarde, gracias a Engels, quien debió usar astucias con la dirección misma, y no logró sus fines más que con extrema justeza. La dirección del Partido socialdemócrata se oponía radicalmente a la publicación de las Notas críticas de Marx "para no dañar la unidad con nuestros camaradas lasalleanos"...

10. Las Notas marginales sobre Wagner, de Marx (1882). El último texto escrito por Marx, reducido en muchas páginas en la tra-

ducción francesa de las Ediciones sociales (Le Capital, Tome III, p. 241-253). Aquí vemos, de manera irrecusable, en qué sentido tendía el pensamiento teórico de Marx: ni sombra de una huella de influencia humanista-feuerbachiana o hegeliana.

11. Los prefacios recogidos bajo el título Estudios sobre El capital, artículos de Engels. Análisis de primer orden, muy claros, pero —como sucede a menudo con las obras de Engels, que tenía rasgos de genio teórico— afectados de algunas languideces (por ejemplo: la tesis según la cual la “ley del valor” dejaría de reinar después del siglo... XIV).

12. Quiénes son los “amigos del pueblo”, de Lenin (ediciones de Moscú). (1894: Lenin tenía veinticuatro años). Crítica de la ideología idealista-humanista de los populistas. Exposición de los principios epistemológicos del descubrimiento científico de Marx. Afirmación categórica de que la dialéctica de Marx no tiene nada que ver con la de Hegel.

13. El desarrollo del capitalismo en Rusia, de Lenin (1899: Lenin tenía veintinueve años). La única obra de sociología científica que existe en el mundo, que todos los sociólogos deberían estudiar con cuidado. Aplicación de la teoría del modo de producción feudal y capitalista a la formación social rusa de fines del siglo XIX, donde las relaciones de producción e intercambio capitalistas se apoderan del campo suplantando las relaciones de producción feudales. Esta obra resume lo esencial de los numerosos estudios que Lenin había dedicado —desde 1894 a 1899, en su crítica de los “economistas” populistas y “románticos” — a las tesis esenciales del libro II de El capital en textos de una claridad y rigor cautivantes. Texto para relacionar con *La cuestión agraria*, de Kautsky (1903), que Lenin apreciaba mucho, y sobre todo con “Nuevos datos sobre las leyes del desarrollo del capitalismo en la agricultura” (1915: Tomo XXII de la edición francesa de las Obras completas), donde Lenin traza la “paradoja” del alto desarrollo capitalista de las pequeñas explotaciones agrícolas en los EE.UU. al lado de las gran-

des explotaciones capitalistas. Los “especialistas” franceses en “cuestiones agrarias” encontrarían muy interesante la lectura de este texto, muy actual, y aprenderían de qué manera “tratar” las estadísticas oficiales.

14. *Marasmo y revisionismo*, de Lenin (1908).²¹

15. *Tres fuentes y tres partes integrantes del marxismo*, de Lenin (1913).

16. *El destino histórico de la doctrina de Kart Marx*, de Lenin (1913).

17. *El imperialismo, etapa superior del capitalismo*, de Lenin (1916).

18. *El Estado y la revolución*, de Lenin (1917).

Detengo aquí esta pequeña bibliografía crítica.

Existe un número considerable de ensayos, en general críticos o muy críticos, dedicados a la “interpretación” de la teoría de Marx, y en particular a El capital. Punto de sensibilidad particular: la sección I del libro I, ante todo las teorías del “valor-trabajo”, el “plusvalor” y la “ley del valor”.

Estas obras pueden hallarse en la mayoría de las librerías especializadas con sólo pedir las.

[Traducido por Darío Daniel Díaz]

Biblioteca virtual

OMEGALFA

Ω

²¹ Las obras citadas de Lenin existen en traducción francesa en las Obras completas (Edición francesa), o en fascículos separados. [Lo mismo vale para la Edición castellana. (N.del T.)]